

Hospital infantil

Jesús Vicente García



LOS HUESOS DEL CUERPO SE LE SALÍAN hasta casi perforar la piel. Las costillas parecían esqueleto de pescado de caricatura, la panza estaba inflada. En las muñecas le pusieron cinta adhesiva con su nombre y un número y letras que no entendí. Nunca olvidaré su cara. Parecía dormido. Mantenía un gesto igualito a las risas que se echaba después de una broma suya. Estaba muerto en vida.

El miedo se fue conforme le iba viendo el cuerpo, los labios pálidos, los ojos cerrados, los algodones en la nariz y oídos, su cabeza de pelos güeros en forma de púas de nopal, sin orden. Así era, desordenado. Recordé su boca de hilacho al hacer gestos como los del doctor Nieto. Se tocaba el lugar donde sale el bigote, se metía un abatelenguas en la boca, a manera

de pipa, miraba el expediente y con su voz chillona decía: “Jaimito es un chico inteligente, ¿verdad, Jaimito?” “A güevo” —respondía él mismo—. Este muchacho necesita que las enfermeras más buenas se acuesten con él, no hay de otra, yo sé que es duro, pero qué quieren. Pobre Jaimito, estarás rodeado de bolas y olores a pescado (soltaba la carcajada. Hacía caras de caballo. Volvía a su papel. Continuaba). Ah, se me olvidaba, que le den dos piezas de pollo, y a su amigo el flaquito —o sea yo— lo mismo, y que las nenas sean morenas, güeras, grandotas y buenotas.”

Su risa llenó el cuarto. Desperté. Era yo quien reía. Me levanté del escalón en que me recargué y me froté los ojos. Eran los efectos de la dosis que me dieron para dormir. Jaime quiso mirarme, ¡estaba vivo!; le tomé las manos, las junté, le eché agua y ¿parpadeó? Encendí la luz, los últimos rayos pálidos de sol entraban sin calor al cuerpo de Jaime. Lo iluminaron. ¿Por qué no despiertas? Toqué sus pies fríos, le hablé como siempre, como en ese sueño constante: No me dejes, Yimi, no seas gacho, qué voy a hacer con esta bola de doctores, me van a abrir la panza, no juegan mis juegos ni adivinan mis estados de ánimo cuando quiero estar callado o deseo reír, sólo los amigos saben de eso; los doctores, por muy buena onda, no alcanzan a adivinar lo que queremos. Quedaré con los días lluviosos recordando cómo aplastabas tu nariz en el vidrio de la ventana, contando las gotas que escurrían como lágrimas, viendo los jardines, los autos del hospital, la gente arremolinada en el puesto de sopes para no mojarse; y Yimi, serio, la vista fija en el exterior hablando de sus planes: “Quiero comer muchos dulces y montar a caballo. No les tengo coraje, son a toda madre; esta patadita que me dieron en la espalda fue sin querer...”.

Su cuerpo ya no se movió. Me asustó mi propio tosido y el hecho de pensar que ya no estaría más, de imaginármelo en una caja negra con los brazos cruzados, la cara pálida, vestido de blanco, lleno de flores y verlo caer en un hoyo profundo, negro, en la tierra, ¿qué habrá abajo? Ya lo sabrá. No quiero que se lo lleven, qué tal si le duele, qué tal si despierta con la tierra encima y la caja cerrada y sin poder respirar —eso vi en una película con Clavillazo— y ni la muerte le dará la mano, se morirá solo, sin aire, entre huesos, arañas, gusanos. ¿Por qué la muerte tiene que hacer esto a los niños?, ¿qué de malo habrá hecho Jaime? ¿No dice mucha gente que si

eres bueno te irá bien y si eres malo mal la pasarás? Él era bueno. A veces se pasaba de la raya con sus bromas o daba asco con los mocos estirados entre su dedo y la nariz, o escupía verde en el piso o en la cama. Ahora ni eso hará. ¿Por qué pienso tanto y por qué de pronto no puedo pensar en nada? Me quedé vacío, como si viera un programa de televisión, sin ponerle atención con el cerebro, sólo con los ojos.

Nunca había visto a un amigo sin vida, quizá porque nunca había tenido uno. Jaime era el primero. Nos unía la infancia enferma y las malformaciones del cuerpo. Los niños de la cuadra y de la escuela eran malos, burlones, peleoneros. En cambio, Jaime se burlaba de otras cosas, del mal vendaje que Trini ponía a un paciente, de la cara roja del doctor Nieto o del rostro de la enfermera Malena ante el doc que, según Jaime, le gustaba, de las inyecciones que no dolían, aunque él chillaba, del ruido del tripié destartado que parecía que se caería con todo y edificio, de los alumnos de los doctores que hacían preguntas idiotas:

—Doctor Nieto, ¿por qué Jaime, siendo tan pequeño, ha resistido tanto?

Idiotas, decía Yimi, porque queremos vivir, sólo por eso y para eso no se estudia, se siente; bola de pendejos. Las palabras rebotaban en mi cabeza, y Jaime decía cosas peores. Una vez, le gritó a una estudiante que sus nalgas estaban bien grandotas y cuando fuera adulto iba a tener una novia así.

Pero la amistad entre Jaime y yo se dio porque estábamos solos, y en esos momentos uno no puede hacer nada malo ni bueno y la amistad está lejos de todo eso, o quizá demasiado cerca, o quién sabe. Si lloraba, le daba papel de baño y se recargaba en mi huesudo hombro después de una de esas curaciones tan dolorosas que

tenía que soportar con la sonda en la espalda y la pus en flujo; dolores que también experimenté.

Sonreí al tocar su mano helada. Al menos ya no sufriría. Lo bueno es que salió antes que yo. Era lo que quería. Supe que no me dejaría nunca, que estaría donde yo, donde él, que en realidad no ha muerto; pues “yerba mala nunca muere”. Los dos estábamos enfermitos, malitos. No debió irse así. Hay tantos porqués sin respuesta o tantas respuestas sin preguntas. Desde entonces he sido un niño toda la vida, un manojo de recuerdos. A mis cuarenta lo sigo extrañando. Quise decirle que lo extrañaré siempre, si es que el siempre existe, y no lo olvidaré nunca, si es que existe el nunca, que lloraré hasta que se me sequen los ojos. No se lo pude decir en vida. Lo único que hice fue darle un beso en la frente como dos buenos amigos, como dos malos pacientes, como dos groseros niños que se portan mal en el comedor y ponen jeta porque el desayuno estaba más flaco que nosotros, por la comida insípida, por la cena que servían muy temprano cuando todavía el sol se recostaba en el piso de Cirugía II.

Toqué su piel fría, como nunca lo había sentido. Una lágrima corrió por su frente; era mía. Siguió su camino hasta llegar al ojo y humedeció sus pestañas; mi lágrima se metió a su ojo. Le di una gota de mi sentimiento, porque aunque le dijese que lo estimaba, no me escucharía así le gritara dos días enteros. Su mirada tenía algo que nunca había visto, era como si me viera y no. Lo volví a tapar con la sábana blanca. El olor a éter me mareó. Tomé su mano, me despedí. Sabía que al salir de ese cuarto no lo volvería a ver, ni a platicarle sin que me respondiera con una grosería. Le dije que ojalá lo trataran bien en el panteón, que le echen poca tierra para que no le pese en caso de despertar, pero

que si despertaba en otro lado, no importaba, yo estaría con los ojos abiertos para verlo llegar por lo menos en sueños, y que ese tiempo que lo conocí fueron días de charlas diarias, de proyectos que nunca hicimos, de viajes que se quedarán sin nosotros, sin Jaime que tanto quería a Michoacán y a los caballos. Nunca me lo dijo. Sé que me estimó y eso no necesita decirse, basta con sentirlo, porque el dolor cuando se comparte en un hospital se convierte en amistad.

Abrí la puerta, iba a dar vuelta a la manija. Escuché mi nombre: Julián. Mi sombra se alargó en el piso. Volteé. Parecía que muchas piedras golpearan al hospital, me espanté de mi sombra, del ruido, del agua que azotaba en la ventana y parecía mojar el cuerpo de Jaime. Caía granizo. Era como si el vidrio llorara. Creí que Dios se arrepentía de permitir la muerte de mi enfermo amigo, pero después se alegró porque a

través del vidrio vi muchos colores tan espectaculares como un domingo de visita con dulces y sonrisas. Cerré la puerta. Caminé. No soporté ver esa escena, aunque haya hecho el intento por llamarme, ya no había nada que hacer.

Me fui a recostar, pasé por donde dormía Jaime, vi su cama vacía, limpia, tendida, preparada para recibir al próximo enfermo. Me metí a mi cuarto. Malena me puso el termómetro. Me acosté. El sueño y la noche me alcanzaron con esa imagen que a la fecha persiste: la primera vez que Jaime y yo platicamos en el pasillo de Cirugía II, cada uno con su suero y su tripié, riéndonos de nuestros chistes a pesar del dolor en el cuerpo. Desperté en la madrugada. Una enfermera de turno cantaba un bolero ya viejo, pero que un tal David puso de moda en aquel 1980: "Creí que tu vida era mía y que tú me querías como yo te quiero a ti". ▲▲

Ilustraciones: Les petits hommes, 1881, Ed. De Beaumont

